

### *Tercera Bienaventuranza*

## **“Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados” (Mateo 5,5)**

Si cada **Bv** toca un problema que afecta a todo ser humano, aquí no tiene sentido preguntarse cuál es: el **dolor**. Es el problema estrella de la Humanidad. El dolor está ahí presente, a veces afectándonos personalmente, pero siempre a nuestro alrededor. Y ahora, yo diría que más 'presente' que nunca, pues los medios de comunicación no nos ahorran tragedia alguna. Sin embargo, paradójicamente, nunca se ha maquillado tanto el que tenemos cerca, ni hemos estado tan inmunizados al lejano...

Por otro lado, si cada día debemos ir poniendo 'nota' a Jesús por la apuesta de cada **Bv**, hoy parece que lo suspendemos. “¡Aquí te pasaste! ¿Cómo puedes decir que los que **lloran** serán **bienaventurados**? ¿Tú sabes cuándo llora el ser humano?...”

Pero antes de entrar en la **Bv**, conviene que nos hagamos algunas preguntas acerca de nuestra experiencia del dolor, propio y ajeno. Es muy posible que los más jóvenes no puedan hablar personalmente de experiencias de dolor, pero el dolor nos rodea a pesar de nuestras evasiones, y todos conocemos personas que han sufrido. Pues bien, los datos que tenemos sobre experiencias de dolor son contradictorios.

En efecto, todos conocemos alguna persona que ha sufrido mucho en la vida, que ha tenido que superar dificultades que sobrecogen, y son 'gigantes': tienen una humanidad que agradecemos. Tienen lo que llamamos **madurez**. Pero al mismo tiempo también conocemos personas que no han pasado por pruebas tan duras y han quedado hechos polvo. Es decir, la misma realidad aniquila o agiganta. *Primera* paradoja del dolor: **su ambigüedad**. El dolor es siempre algo terrible, y siendo horrendo no provoca siempre los mismos efectos en el ser humano. Pero tenemos una *segunda* paradoja: cuando nos toca personalmente nos encerramos en 'nuestro' dolor y nos convertimos en el centro, siendo incapaces de percibir lo que no sea 'mi dolor', y pasamos de ser dignos de compasión a ser insoportables. Sin embargo, cuando hemos tenido que vivir situaciones muy penosas codo a codo con otros, esas 'penalizaciones' han creado entre nosotros unos lazos que no crea la 'juerga' más despampanante. De nuevo, la misma realidad provoca cosas contradictorias. Todos estos son datos que están ahí y que no conviene olvidar. Volveremos sobre ellos.

Y como telón de fondo vamos a traer un texto del **libro de Job**. Como sabemos, este libro no es un 'libro histórico' sino 'sapiencial'. Es decir, es una reflexión sobre el hecho del dolor y se escribe como réplica a la teología 'oficial' sobre dicho dolor en aquel momento (¡y no sólo en aquel momento!): el dolor es “castigo de Dios”. Si uno tenía una desgracia, algo habría hecho. El libro de Job viene a desmontar todos los intentos de encontrar una 'explicación' al dolor o al mal. Por otro lado la historia que nos pinta el relato no puede ser más pintoresca: el autor nos presenta a Yahvé, al parecer, 'tomando café' con su cohorte, y pasa por allí Satán. Yahvé le pregunta de dónde viene: “*Pues de dar una vuelta por la tierra*”, responde, y Yahvé le pregunta: “*¿Te has fijado en mi siervo Job?...*”, ponderándole sus virtudes. Ante el escepticismo de Satán a tal aprecio, le echa en cara, poco menos, que lo tiene

'mimado' y lo reta: *“toca todos sus bienes: ¡verás cómo te maldice a la cara!”*. Yahvé consiente con que toque todos sus bienes, pero le advierte: *“Cuida sólo de no poner tu mano en él”*. Y así ocurre. Las tragedias que le caen encima lo dejan despojado de todo. La situación en que queda es tan trágica que roza lo cómico. En todas las tragedias siempre queda alguien con vida para traer la mala noticia. Nos recuerda aquella letrilla flamenca:

*El que nace pobre y feo,  
y se casa y no es “querío”,  
y se muere y va al infierno,  
¡menuda juerga ha “corrío!”*

Todo esto lo describe en el primer capítulo. A partir de ese momento empieza el verdadero argumento de la obra: la reacción de Job y, sobre todo, las reflexiones de los tres amigos que acuden a consolarlo. Éstos representan la “teología” que el autor sagrado quiere desmontar: la solución ‘popular’ del ‘castigo de Dios’. Job vendrá a dar un mentís a esa teología, pero sin solucionar nada. Ahora bien, hay algo que conviene destacar desde el principio: a lo largo de los desgarrados y ‘desesperados’ diálogos de aquel hombre, **en ningún momento rompe con Yahvé**.

En efecto, la reacción de Job es desafiante, mientras la postura de los tres amigotes, personas muy ‘religiosas’, es salvar la ‘trascendencia’ y bondad de Yahvé. Las quejas de Job no tienen límite: *“¡Maldito el día en que nací...!”*, *“...la noche en que me engendraron”*. Más aún, llegan a convertirse en acusaciones: *“Te pido auxilio y no me respondes, me presento y no haces caso. Te has vuelto cruel enemigo, tu fuerte mano se ceba en mí* (Job 30, 20-21; cf. también Job 16, 12-15). El escándalo de sus amigos tampoco tiene límite.

Las posturas se mantienen a lo largo de los interminables diálogos, detrás de las cuales se esconde una concepción de Dios. El “dios” de los tres amigos es un dios “peinado”, sin contrastes, un dios “como Dios manda”, mientras que el Dios de Job está “despeinado”, es desconcertante e impenetrable.

Al final se aparece Yahvé a Job. Es un monólogo pesadísimo, en el que se van sucediendo las preguntas de Dios a Job, a las que éste no encuentra respuesta: *¿Tú sabes por qué el cocodrilo...? ¿...por qué el hipopótamo...?* La única respuesta de Job es encogerse de hombros. Al final del discurso de Yahvé, Job responde brevemente, y entre sus palabras quiero destacar estas: *“Yo te conocía sólo de oídas, mas ahora te han visto mis ojos”* (Job 42, 5). Pero ¿qué han visto? Nada.

Es decir, el conocimiento que tenía de Dios aquel creyente era ‘de oídas’. ¡Ya lo dijeron Feuerbach, Freud, y tantos otros!: el ser humano tiene la capacidad de ‘fabricarse’ dioses a su medida, como proyecciones de sus carencias y necesidades, que le den una ‘seguridad’ a su medida... Pero Dios no es eso. **¡¡Dios no es como Dios manda!!!** Con Dios nos topamos: ‘lo vemos’ en el desconcierto, en lo que nos desborda... Por eso Job termina diciendo: *“Me retracto y me arrepiento, sentado sobre el polvo y la ceniza”*.

Pero a renglón seguido viene lo más sorprendente. Yahvé llama a *Elifaz de Temán*, el mayor de los amigotes y le dice: *“Mi ira se ha encendido contra ti y contra tus dos amigos, pues no habéis hablado con verdad de mí, como mi siervo Job. Así que tomad siete novillos y siete carneros, id donde mi siervo Job, y ofreced por vosotros un holocausto. Mi siervo Job*

*intercederá por vosotros y, en atención a él, no os castigaré por no haber hablado con verdad de mí, como mi siervo Job” (Job 42, 7-8).*

Pero, ¿qué han *hablado* de Yahvé? Lindezas. El Dios de los tres amigos es 'una perita en dulce'. Es como si les dijese: 'Habéis intentado abarcarme, habéis intentado explicarme...' Es decir, el dios del que ellos hablan es un dios 'proyección' del que nos habla la filosofía atea y no atea, un dios que nos fabricamos a nuestra medida. ¡Que van a tener razón al decirnos que hablamos de un dios “*de oídas*”, un dios que nos montamos!

Pero una cosa es conocer a Dios 'de oídas' y otra 'verlo', toparse con él. En efecto, Job se topa con el Dios vivo y 'lo ve' cuando pierde pie, cuando no tiene las cosas claras, 'colocaditas' y 'peinaditas', sino que todo nos desborda, cuando no hay posibilidad de proyecciones ni seguridades en medio del desconcierto.

Dios es sorpresa y salvación, cuando el ser humano ha tocado fondo. Dios es la salvación inesperada e imprevisible. Dios es toparnos con el **misterio**, no descifrarlo. Y el misterio por excelencia en la experiencia humana es el dolor, del mal, no el 'vacío' -un nirvana que es '*liberación*' y '*extinción*' de la vida...<sup>1</sup>-

Vamos, pues, a situar esta **Bv** desde esta perspectiva y veamos cómo Jesús habló de su Padre desde el dolor: si como el “siervo Job” o como los tres amigos.

Y para centrar a este Jesús que nos va a hablar de Dios desde el dolor propio y ajeno, recordemos cómo nos lo presenta Flp 2, 6-8: “*El cual -Jesús- a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz.*” Es decir, sólo un Jesús '*despojado de su rango... pasando como uno de tantos... como uno cualquiera...*’ puede hablarnos del dolor.

## Primera parte

### CÓMO VIVIÓ JESÚS ESTA BIENAVENTURANZA

#### 1.- Cómo vivió Jesús el dolor

Por lo pronto, nos consta que Jesús **lloró**, la manifestación más expresiva del dolor humano. En efecto Lc 19, 41-44, nos presenta a un Jesús que, como buen judío, llora por las desgracias que van a caer sobre Jerusalén: “*Y cuando se fue acercando, al ver la ciudad, lloró por ella, diciendo: ¡Ah! Si en este día conocieras también tú el mensaje de la paz, mas ahora está oculto en tus ojos...*” Pero, como ninguno de nosotros somos judíos y no sabemos qué significaba para un judío la destrucción de la Ciudad Santa, pasemos a la otra escena en la que también se nos dice que Jesús lloró.

En efecto, donde nos encontramos con el llanto de Jesús más cercano al nuestro, es en la escena ante las hermanas de Lázaro que lloran su muerte. Veamos cómo nos lo describe Jn 11, 32-35: “*Cuando María llegó donde estaba Jesús, al verle, cayó a sus pies y le dijo:*

1 Cf. Klaus Berger, **Jesús**, Sal Terrae, 2007, pp 500 y siguientes

*‘Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano, no habría muerto.’ Viéndola llorar Jesús y que también lloraban los judíos que la acompañaban, se conmovió interiormente -se emocionó-, se turbó -se le hizo un nudo en la garganta- y dijo: ¿Dónde le habéis puesto? Le responden: ‘Señor, ven y lo verás’. Jesús se echó a llorar -‘soltó el trapo’, que decimos nosotros-.*

La escena refleja situaciones que posiblemente todos los que estamos aquí hemos vivido. Por lo pronto, María al llegar no solo se queja, sino que en la queja hay un matiz de echarle en cara: *‘Si hubieras estado aquí...’* En efecto, a Jesús le enviaron un recado de que su amigo Lázaro estaba enfermo y, sin embargo, permaneció dos días más donde se encontraba. Y es que en toda queja suele haber un ‘echar en cara’, que no hay que tomar tan en cuenta: ¡lo está pasando tan mal la persona, que en sus desahogos puede extralimitarse...! Nunca debemos olvidar que el que lo está pasando mal es el que se queja. No vayamos a convertirnos nosotros en ‘víctimas’...<sup>2</sup>

De lo que Jesús está pendiente es del dolor de la persona que tiene enfrente, y este llanto -“*viéndola llorar Jesús y que también lloraban...*”- le conmueve. El llanto es lo más contagioso y el ver llorar desconsoladamente a la persona querida nos afecta hasta el punto, que tenemos que tragar saliva para poder hablar sin echarnos a llorar. Esto es lo que le pasó a Jesús: ¡reacciona como nosotros!, fue ‘uno de tantos’.

Pero donde nos encontramos con la presencia del dolor en la vida de Jesús con toda su potencia destructiva es en la Pasión. Y hay un pasaje, que, propiamente es previo a la Pasión -la *oración del huerto*-, donde aparece con toda su negrura el dolor en su vida. Y este dato, que la experiencia más destructiva sea ‘previa’ al acontecimiento temido, tiene un gran alcance. En efecto, en este pasaje, la realidad trágica de la Pasión aún no se ha hecho presente, está en la **imaginación**. Pues bien ese momento puramente imaginativo va a vivirlo mucho peor que la misma Pasión. ¡Es mucho más destructiva la fantasía que la realidad! ¡Jesús era como nosotros!

Y quiero ilustrar lo que digo con algo que me ocurrió hace muchos años. Fue en Santa Juliana, el primer suburbio en que vivimos. Las condiciones eran extremas: ni servicios, ni agua corriente... Todas las familias eran gitanas menos dos. Era a finales de los años 60. La pobreza era extrema, y todos tenían que salir a ‘buscarse la vida’. Una gran mujer, que antes de que nosotros llegásemos al barrio ya había contactado con la situación, empezó a plantearse el abrir una guardería. ¡Ya os podéis imaginar las condiciones en que aquello se puso en marcha! Por tanto, mucha gente iba a echar una mano voluntariamente. Entre ellas había una religiosa, que al poco tiempo la destinaron fuera. Al cabo de un año, pasó por Granada y se escapó al barrio para ver cómo seguía la guardería con una muchacha vecina de las monjas, pero no lo sabía su superiora. Como llevaba prisa, al ir a coger el tranvía, viendo que ya se acercaba y podía perderlo, cruzó la carretera sin mirar, y un coche se encontró con ella. La lanzó unos cinco metros. Quedó boca arriba, y de las fisuras de sus labios salía un hilo de sangre. Creí que la había matado. Un coche que venía en la otra dirección, paró y la llevamos al hospital. En el camino empezó a quejarse, para alivio mío, pues la creía muerta. Resumiendo, llegamos al hospital, llamé a su superiora..., hice todo lo que había que hacer. Cuando ya, muy tarde, volvía al barrio solo, yo me decía: ‘Si te dicen que mañana va a venir fulanita (sin conocimiento de su superiora), que la va atropellar un coche, que te vas a creer que la han

2 A veces, se ha encontrado uno con el familiar de un enfermo crónico con sufrimientos terribles, que te comenta con gran afectación: “¡Lo que me ha caído!” Al que le ‘ha caído’ es al enfermo: en seguida nos convertimos en protagonistas

matado...' Mi reacción hubiese sido automática: 'Yo no sirvo para eso'. ¡Nadie sirve para eso, pero todos podemos hacerlo correctamente si previamente no nos lo imaginamos! **¡Paraliza más la imaginación que la realidad!** Pues a Jesús le pasaba lo mismo.

Pero pasemos al relato mismo del **Ev** en Mt 26, 36-46: *“Entonces fue Jesús con ellos a una granja llamada Getsemaní y dijo a sus discípulos: ‘Sentaos aquí mientras voy a orar allá’. Y, tomando consigo a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, comenzó a entristecerse y a sentir angustia. Y les dijo: ‘Triste está mis alma hasta el punto de morir. Quedaos aquí y velad conmigo’. Él, avanzando un paso más, cayó de bruces y oraba diciendo: ‘Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz, mas no sea como yo quiero, sino como quieres tú’. Volvió a los discípulos, los encontró dormidos y dijo a Pedro: ‘¿Con que no habéis podido velar una hora conmigo? Velad y orad para que no caigáis en tentación. El espíritu está dispuesto, pero la carne es débil’. De nuevo, por segunda vez se fue a orar diciendo: ‘Padre mío, si no es posible que este cáliz pase sin que yo lo beba, hágase tu voluntad’. Y volviendo, los encontró dormidos, porque tenían los ojos cargados. Los dejó y volvió a orar de nuevo, por tercera vez, repitiendo las mismas palabras. Después fue a los discípulos y les dijo: ‘¡Dormid ya y descansad! He aquí que llega la hora y el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los pecadores. He aquí que el que me entrega llega ya”*.

El relato merece la pena desmenuzarse, pues, difícilmente hubiésemos imaginado a Jesús pasando por la situación que nos describen los **Sinópticos**. En efecto, los hechos ocurren poco después de la última Cena, donde Jesús ha dado muestras de una gran entereza y ánimo: *“Con ansia he deseado comer esta Pascua con vosotros...”* (Lc 22, 15). Y Juan enfatiza más esta disposición al encabezar la cena con el comentario siguiente: *“...sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo”* (Jn 13, 1). Y este extremo, materializado en el “lavatorio de los pies”, se perpetúa en la institución de la Eucaristía y el 'sermón de la Cena'.

Pues bien, todo se viene abajo poco después en Getsemaní. Por lo pronto, el **Ev** dice que empezó a sentir **tristeza** y **angustia**, los dos sentimientos más destructivos que puede experimentar el ser humano. El dolor es penoso, hierde, pero la tristeza y la angustia nos anulan. En efecto, la tristeza equivale a que nos quedamos a oscuras, no vemos nada. Nunca es agradable la oscuridad, pero si no nos movemos y esperamos que venga la luz no pasa nada. Ahora bien, si en esta espera, de repente, donde yo estoy sentado empieza a hundirse, a la tristeza se añade la angustia. Es el ‘perder pie’, que donde creía que podía apoyarme no es seguro y no tengo dónde agarrarme. Cuando se juntan los dos sentimientos es lo que llamamos 'depresión profunda', no el tonto 'estoy depre'...

Por si no hemos caído en la cuenta de su situación, pone en boca de Jesús lo siguiente: *‘Mi alma está triste hasta el punto de morir’*. ¿No es ésta la experiencia extrema del 'deprimido' que quisiera morir? ¿No ha llevado esta situación a muchas personas al suicidio? Nunca me olvidaré cómo empezaba, un amigo mío que se suicidó, los folios que dejó escritos: después de decir que no se culpase a nadie de su muerte, seguía: *“Para vivir lo que estoy viviendo, la única salida es la muerte...”* ¡Es la misma frase de Jesús!

*“Y adelantándose un poco, cayó rostro en tierra”*. La imagen no puede ser más expresiva. Suponeros que voy a visitar a un amigo muy enfermo y un día lo encuentro deprimido; no quiere ni hablar y sólo me dice: 'Déjame solo'. Estas situaciones no las

soportamos y nos hacen decir simplezas: “Venga, hombre, lo que tienes es que descansar...” Y a lo mejor le echamos la persiana para que 'duerma', que es 'lo que necesita'. ¡Lo dejamos solo y a oscuras!... Estas cosas las hemos hecho. Pues bien, si al salir de la casa del enfermo me encuentro con uno de vosotros que también lo conoce y vais a verlo y me preguntáis: '¿Vienes de allí? ¿Cómo está?', y respondo: 'Hoy está por los suelos'. Tú entiendes perfectamente: está hundido, se ha venido abajo... Esto debió ser aquel “*cayó rostro en tierra*”: ¡no tenía dónde agarrarse!, había 'perdido pie'.

*Y suplicaba así: ‘Padre mío, si es posible, que pase de mí esta copa, pero no sea como yo quiero, sino como quieras Tú’.* El paralelismo con Job es total. Primero no rompe con el Padre, al que llama “mío” -y Marcos dice: **Abba**, el diminutivo cariñoso (Mc 14, 36)-. Igual que Job, no entiende lo que se le viene encima, por eso sigue: “*No sea como yo quiero, sino como quieras tu*”. Es decir, 'Yo no quiero lo que tú quieres...!', pero 'hágase como quieres tú...!', no rompe.

“*Viene entonces donde sus discípulos y los encuentra dormidos*”. Es una frase que siempre me ha impresionado. En la escena contrasta la angustia y la tristeza de Jesús con la inconsciencia de los tres discípulos. Pero aparte de que materialmente se hubiesen dormido, simbólicamente creo que siempre ocurre cuando estamos ante el dolor extremo de alguien, por muy cercano que sea: nos encontramos perdidos -¡dormidos!: el dormido aunque esté presente es como si no lo estuviese, no se entera- y no sabemos qué decir (yo le eché la persiana a mi amigo y me fui). No podemos 'hacernos cargo', pues sólo sería posible si estuviésemos en su situación, y eso es imposible. Pero esto tiene otra dimensión: cuando nos visita el dolor, estamos solos, no debemos echar en cara algo que nadie puede hacer por nosotros. Todos los que estén a nuestro alrededor, por muy cercanos que sean, los percibiremos como 'dormidos', es como si no estuvieran. El dolor, es una 'píldora' que sólo el que lo sufre tiene que tragárselo, nadie puede hacerlo por él...

*Y Jesús le dice a Pedro: ¿Con que no habéis podido velar ni una hora conmigo?* Jesús se queja y 'echa en cara', como lo hacemos nosotros en nuestros hundimientos. ¡Lo crueles que somos a veces, ante personas que se han venido abajo! Y más si se trata de una persona que nosotros valorábamos. A lo mejor hemos llegado a comentar: ‘Yo creía que esta persona era otra cosa, que tenía más aguante...’ o ‘Yo esperaba más de ti...’ Pues lo mismo le hubiésemos dicho a Jesús: “Oye, esto no tiene nada que ver con la última Cena, pareces otro...”. En el **Ev** no hay ni un 'violín' -y hemos metido orquestas sinfónicas-. La realidad aparece en toda su crudeza.

Pero Jesús es consciente de esta incongruencia: “*Velad y orad para que no caigáis en tentación, que el Espíritu está pronto, pero la carne es débil*”. “Hace unas horas estaba yo en forma, me comía el mundo...”; pero cuando la carne dice: ‘aquí estoy’, todo se te viene abajo. A Jesús le pasó como a nosotros: cuando estamos 'con espíritu' no se nos pone nada por delante y somos tan inconscientes que juzgamos a los que están bajo el peso de la 'carne'.

Recordemos lo que nos advertía S. Juan en su primera carta: “*todo espíritu que confiesa a Jesucristo venido en carne es de Dios, y todo espíritu que **deshace** a Jesús no es de Dios.* ¡Cuántas veces hemos “deshecho” a Jesús con nuestros espiritualismos! ¡El problema del seguimiento de Jesús no está precisamente por “arriba”, sino por “abajo”! Como lo busquemos por arriba, nos quedamos sin él. Jesús **se queja, suplica a sus amigos** y confiesa que **su voluntad no coincide con la de su Padre**: “*Hágase Tu voluntad, que no la mía*”,

cuando en otra ocasión había dicho: “*Mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre*” (Jn 4, 34). En la oración en el Huerto, Jesús “*habla con verdad de Dios, como su siervo Job*” (Job 42, 7-8).

Se nos abren los ojos cuando nos topamos con la realidad. Una muchacha gitana, a la que debo lo que nunca ella podrá tomar conciencia, afectada desde muy joven de un *lupus* muy agresivo, en unos de los 'brotos' que terminaron por dejarla inválida, tenía unos dolores espantosos por toda la columna hasta la nuca, y la tensión arterial se le disparaba. Los médicos temían que alguna de estas subidas terminase con ella. Estaba ingresada en el hospital y yo junto a ella. En medio de sus dolores, se quejaba a Dios desgarradoramente. Parecía una página del Libro de Job encarnada: “¡Dios mío! Ya está bien. Que soy muy joven. ¿Qué te he hecho para que me mandes esto...?” Ya podéis imaginaros la paralización que producía en mí la escena. En silencio, sin saber qué decir..., y de repente se me ocurrió aludirle al Jesús de la oración en el Huerto (ella había hecho las Bienaventuranzas años atrás): “Mari, te pasa a ti lo que a Jesús, ¿te acuerdas? El pobre se vino abajo, no entendía nada y se quejaba a su Padre que si podía ser pasase aquello...” Y, tras un brevísimo silencio dijo: “**¡Pues ya somos dos!**”

Mes y medio después de esta escena, me entero que había venido de Venezuela una religiosa muy amiga mía con una enfermedad muy agresiva que la estaba paralizando, y ya apenas podía hablar. Fui a verla y la criatura se desahogó: hundida por haber tenido que dejar una labor que la llenaba y verse acosada por algo que sabía era irreversible. Al terminar su dolorosa vivencia, lo único que me vino a la mente fue contarle la escena de la Mari. Después de un silencio, también muy breve, me dice: “¡Pues dile a la Mari que ya somos tres!”

Año y medio después pude volver a verla. Ya no hablaba: tenía que escribir en una pizarrita lo que quería decir, y lo primero que me compartió fue: “¡Lo que me ha ayudado pensar que **ya somos dos!**”... Importante dato de nuestra fe: cuando le 'ponemos carne' y no la espiritualizamos. Difícilmente, en otras experiencias religiosas podrán dirigirse a Dios con la convicción de que Él nos entiende. Casi podríamos hacerle un guiño de complicidad diciendo: “¡Tú ya sabes de qué va!” Es decir, que no podemos pasar por situación, por penosa que sea, que Él no pueda 'hacerse cargo' de lo que se trata. Después de Jesús queda más clara la experiencia de Job: nos topamos con Dios en la debilidad y la perplejidad (*pero ahora te han visto mis ojos*), porque Él ha pasado por ahí,

La “idealización” de Jesús, el confesarlo “sin carne”, al parecer, empezó pronto. De ahí el aviso de S. Juan en su primera carta. Pero esto ha tenido consecuencias nefastas, como es considerar como obligación y exigencia 'comportamientos' que son puro don: convertir en una condición **sine qua non**, lo que es pura **gracia**.

Y quiero explicar lo que quiero decir. Todos hemos conocido casos de personas que han soportado dolores y contratiempos sin venirse abajo, con una serenidad y entereza que nos sobrecogen. Pues bien, todas las gracias que dé la persona que tiene esa vivencia, como los que la rodeamos siempre será poca: nunca está en nuestra mano dicha actitud. **¡Es puro don!** Jesús no tuvo ese privilegio y experimentó en el Huerto la 'debilidad de la carne' en toda su crudeza y oscuridad.

Hoy día, hablamos de Yahvé como los tres amigos de Job: presentamos un 'dios *light*', que no desconcierta. Un dios que se acomoda a todas nuestras expectativas, tan 'misericordioso' que 'no tiene en cuenta la miseria'... Y lo que nos encontramos es lo contrario:

su misericordia, como veremos en la quinta **Bv**, se basa en que experimentó nuestras penalidades y puede hacerse cargo de ellas: sabe de qué va: “**¡Ya como dos!**”

Y para ilustrar estas dos visiones de 'Dios' (¡que siempre se han dado!), voy a traer dos “historias”: una sacada de **Ejercicio de perfección** del P. Rodríguez, y otra, entrañable, de mi padrino de bautismo, D. Diego Díaz.

He aquí lo que nos cuenta el P. Rodríguez en uno de sus sabrosos capítulos, “**Donde se confirma lo dicho con algunos ejemplos**”. Al parecer, estando Santo Domingo en Roma, visitaba a una *muy gran sierva de Dios*, llamada Bona. *Padecía una gravísima enfermedad en los pechos, los cuales tenía ya cancerados y llenos de gusanos, y de manera que para cualquiera otra persona fuera tormento insufrible, sino para ella, que lo pasaba con admirable paciencia y hacimiento de gracias. Por verla Sto. Domingo tan enferma y tan aprovechada en la virtud, la amaba mucho. Un día, después de haberla confesado y comulgado, quiso ver tan asquerosa y terrible llaga, y aunque con alguna dificultad lo alcanzó. Cuando se descubrió Bona, y el santo vio la podre, el cáncer, los gusanos hirviendo, y su paciencia y alegría, tuvo de ella compasión, pero más deseo de sus llagas que de los tesoros de la tierra y rogole mucho que le diese uno de aquellos gusanos por reliquia. No quiso la sierva de Dios dársele si primero no le permitía devolvérselo, porque ya venía a holgarse tanto de verse comer en vida, que si alguno se caía al suelo lo volvía a poner en su lugar. Y así, sobre su palabra se lo dio, que era bien crecido y con una cabeza negra. Apenas lo tomó el santo en la mano, cuando se volvió en una perla hermosísima, y los frailes admirados decían a su padre que no se la devolviese y la enferma, pidiendo su gusano decía que le volviese su perla. Mas en dándosela, tornó a volverse en la forma que tenía de gusano, y la mujer le puso en sus pechos donde se había criado y criaba.*

Frente a esta vivencia tan “sublime” de la santa mujer, vamos a gozar con la respuesta de aquel hombre de gran humor, mi padrino, del que oí a mi padre tantas ocurrencias. Estando muy grave ya, de la enfermedad que murió -en una época (¡los años 40!) en que uno se moría en su casa a golpe de aspirina-, fue a visitarlo la “beata” del pueblo, a la que llamaremos Dña. Matilde. Ante la pregunta de la buena mujer, -“¿Cómo está, D. Diego?”, éste le contestó hecho polvo: “Pues muy mal, Dña. Matilde, con dolores, que me desespero”. Entonces la piadosa mujer quiso poner la nota creyente ante un hombre que lo era: “Eso es que el Señor lo está probando, D. Diego”, a lo que mi padrino respondió con todo el ingenio y chispa andaluza que le caracterizaba: “Dña. Matilde, probando no, lo que me está es comiendo; porque para probar se coge un poquito con una cucharita, pero a mí...” No sé lo que pensaría Dña. Matilde, pero lo que sí podemos decir es que D. Diego habló de Yahvé como el siervo Job, y como el mismo Jesús...: ¡no lo entendía, pero no rompía!

Ante el dolor, la tragedia..., no hay explicación, ni para Job, ni para el mismo Jesús. Y los que pretendan encontrarla, tengan cuidado, pues, a lo mejor, *no han hablado con verdad de Dios...*

Pero volvamos al **Ev**: el final del relato del Huerto, después de haber acudido inútilmente dos veces a los que seguían 'dormidos', es más sereno: “*Ahora ya podéis dormir y descansar. Mirad, ha llegado la hora en que el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de pecadores. ¡Levantaos! ¡Vámonos! Mirad que el que me va a entregar está cerca*”. A partir de este momento, encontraremos un Jesús más entero, tanto que el propio Pilato se sorprenderá... Esto no quiere decir que, a partir de este momento todo se suaviza: el “**Dios**



*mío, Dios mío, por qué me has abandonado*” que Jesús pronuncia en la cruz expresa lo que vive. Pero el 'hundimiento' del Huerto ha desaparecido. Este cambio, ¿a qué se debe?

Posiblemente la escena siguiente nos va a dar la clave de esta paradójica transformación de una persona hundida que termina entera. Es la escena de María al pie de la cruz que San Juan nos relata. Esta escena es la más iluminadora de cara a la bienaventuranza que nos ocupa. Suelo decir que me resulta la escena más “estúpida”, más “sin sentido” de todo el Evangelio: ¿Qué hacía allí aquella mujer? ¿De qué servía su presencia? ¿Iba a resolver algo? ¡Nada! Todo aquel sufrimiento se habría ahorrado con que una “gripe” a tiempo, le hubiese obligado a permanecer en Nazaret, sin poder subir a Jerusalén para la Pascua, evitando de esa forma el trago de la Pasión-Muerte de su hijo y pasar de este modo directamente al gozo de la Resurrección... Sin embargo, allí está María al pie de la cruz: **Stabat Mater**, un himno latino al que ha puesto música todo aquel que se precie de tal.

**Jn 19,25-27:** “ *Junto a la cruz de Jesús estaban su madre y la hermana de su madre, María, mujer de Clopás y María Magdalena. Jesús, viendo a su madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo». Luego dice al discípulo: «Ahí tienes a tu madre». Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa*”...Este ‘*Stabat Mater*’, este estar de pie frente a la Cruz sin darle la espalda, es la única postura válida frente al dolor, frente al sufrimiento, cuando no entendemos nada ni sabemos qué hacer. Es permanecer en silencio, sin huir ni evadirse...

Y no es casualidad que sea una mujer la que está ahí de pie. La experiencia da que son las mujeres las que saben permanecer. Los hombres estamos convencidos que hemos venido a la vida para que al llegar nosotros podamos decir: “Menos mal que he llegado yo”. Está la mujer en la cocina intentando abrir un frasco cerrado 'al vacío' que para colmo pone 'abre fácil' y llega el marido: “¿Qué haces?... Trae para acá”, y abre el hermético frasco: “¡Menos mal que he llegado yo!” Pero, cuando nos encontramos ante una situación en la que nadie puede decir 'menos mal que he llegado yo', porque no hay solución, desaparecemos: ‘Yo aquí no pinto nada’. ¡Cuántas veces, ante la grave enfermedad de un hijo se repite esta escena! Allí tenemos a la madre a la cabecera de la cama sin descanso y sin poder hacer nada. El padre, de vez en cuando, abre la puerta y pregunta: ¿cómo está? La mujer lo mira con unos ojos perdidos y se encoge de hombros, no hay nada que decir. El padre cierra la puerta, enciende un cigarro y sigue dando vueltas por el pasillo. La mujer, aunque tampoco ‘pinta nada’, sigue allí. ¡Es lo único que se puede hacer frente al dolor y el sufrimiento! Es lo único que posibilita que la paradoja del dolor tenga “salida”, nos **madure**. ¡Y no hablo de solución ni de comprensión!

El dolor no hay quien lo explique, ni quien lo entienda. De aquí hay que partir. No pretendamos una explicación ni desde lo natural, ni desde lo sobrenatural. Ahí perdemos pie. El mismo Jesús, como hemos visto, lo perdió y lo expresó en la oración a su mismo Padre: “*Si es posible pase de mí este cáliz*”, porque yo no lo entiendo, pero: “*No se haga mi voluntad sino la tuya*”, es decir, la mía no coincide con la tuya.

Pero una cosa es que no podamos abarcarlo, que nos desborde, y otra que sea lo mismo adoptar ante él una postura u otra. Y aquí es donde vamos a encontrar la “respuesta” (¡¡¡**misteriosa!!!** porque no es solución) a una de las paradojas que constatábamos en nuestra experiencia del dolor: que a unos los maduraba y a otros los destruía. El dolor, el sufrimiento,

hay que **AFRONTARLO**. Si le damos la espalda, si salimos corriendo, nos come, nos atropella.

Y aclaremos qué quiere decir **afrontar**. No es solucionar, ni superar, ni tampoco integrar, y menos entender. Es, sencillamente, ‘tener delante’, ‘no quitarle el ojo de encima’, ‘no darle la espalda’, aunque no sepa qué hacer. Sería exactamente lo que S. Ignacio, en sus célebres *Reglas de Discernimiento*, aconseja hacer “en tiempo de desolación”, o cuando “comenzamos a sentir temor”: ‘*nunca hacer mudanza*’ y ‘*poner mucho rostro*’. Es decir, no huir, porque entonces la desolación se crece ‘*como fiera*’ y nos destruye.

Y en este momento quiero dar un consejo. Ante las dificultades que uno tiene que afrontar, no despreciar las “tontas”. Las serias solemos afrontarlas con más convicción y podemos decir que no son peligrosas. Las triviales nos “cabrean”, y con eso no solucionamos nada, sino que nos amargamos. Es más peligrosa una estupidez que una cosa “seria”. Las cosas serias nos maduran, las estupideces nos hacen estúpidos.

Mi año en Paraguay, no se lo deseo a nadie, ni me metería otra vez en aquel lío (que por otro lado no eran cosas serias, sino torpezas). Sin embargo, que nadie me lo quite. Lo que sí sé es que, si hubiese salido corriendo en aquel momento, -y tenía ‘datos’ para haber escrito ‘la novela de mi deserción’, porque en esos momentos siempre encuentra uno datos para justificarse-, hubiese hecho el disparate de mi vida. Aquella ‘estupidez’ me hubiese destruido.

Y volvamos a Jesús. En el Huerto no entiende su situación, pero no rompe con su Padre -y no por eso se libra de lo que se le viene encima-, ni sale corriendo. Pues bien, después lo vemos, en la Pasión real, con una entereza que sobrecoge. Parece que en él también es verdad lo de **afrontar**. ¿A ver si el **Evangelio** va a tener razón también en esta **Bienaventuranza**? ¿Quiénes son **consolados**?, ¿los que no salen corriendo ante el dolor y **lloran**, o los que le dan la espalda y huyen?

Y aquí vamos a traer un texto que, aunque no es del **Ev**, puede ayudarnos en este momento (Heb 5, 7-8): “*El cual -Jesús- habiendo ofrecido en los días de su vida mortal ruegos y súplicas con poderoso clamor y lágrimas al que podía salvarle de la muerte, fue escuchado por su actitud reverente, y aun siendo Hijo, con lo que padeció experimentó la obediencia y llegado a la perfección, se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen...*”

El texto parece aludir a la “Oración en el Huerto”. Sin embargo, dice que “*fue escuchado*”. ¿Es que Jesús no murió crucificado al día siguiente? ¿Qué sentido tiene, por tanto, esta frase? Aquí nos encontramos con el misterio central de nuestra fe: el **HECHO PASCUAL**, la muerte y resurrección de Jesús. Sin muerte no hay resurrección. Queremos llegar a la resurrección saltándonos la muerte. Y es que **la respuesta de Dios viene cuando ya no hay posibilidad de respuesta humana**; de lo contrario, la respuesta es nuestra.

En efecto, según Hebreos, Jesús “*fue escuchado*” por el que “*podía salvarle de la muerte*”. Quizá nos ayude acudir en este momento a S. Ignacio de Loyola. En sus *Ejercicios Espirituales* al presentar las contemplaciones de la Pasión de Jesús, sugiere en uno de los “puntos” lo siguiente: “*considerar cómo la divinidad se esconde, es a saber, cómo podría destruir a sus enemigos y no lo hace, y cómo deja padecer la sacratísima humanidad tan crudelísimamente*” (EE 196). Es decir, el hecho de la Pasión habría que considerarlo, desde

esta perspectiva, como una **experiencia atea de Dios**: el “dios como Dios manda” que todos nos fabricamos, no sólo “se esconde” sino que no ha acudido a la cita, no ha servido de nada, porque no existe.

Es la escena que se produce alrededor de la cruz, de parte de los que pasaban: “*Si eres el Hijo de Dios, baja de la cruz*”; de los escribas y fariseos: “*A otros salvó y a sí mismo no puede salvarse. Rey de Israel es, que baje ahora de la cruz y creemos en él. Ha puesto su confianza en Dios; que le salve ahora, si es que de verdad le quiere, ya que dijo: Soy Hijo de Dios*” (Mt 27, 39-44). Incluso de uno de los crucificado con él: “*¿No eres tú el Cristo? Pues ¡sálvate a ti mismo y a nosotros!*” (Lc 23, 39). Pero, ¿bajó de la cruz?, ¿se salvó?... Luego no era “hijo de un dios como Dios manda”. Con Jesús mueren todas nuestras proyecciones de Dios, nuestros “dioses útiles”...

Pero volvamos a S. Ignacio. Al llegar a la Cuarta Semana nos sugiere otro punto que se corresponde con el anterior: “*Considerar cómo la Divinidad, que parecía esconderse en la pasión, (a)parece ahora tan maravillosamente en la santísima resurrección, por los verdaderos y santísimos efectos della*” (EE 223). Sólo cuando hemos perdido pie, cuando nos hemos sentido ateos porque el dios que teníamos ha desaparecido, cuando lo nombramos sin saber qué contenido tiene, podemos encontrar una respuesta suya. El mismo S. Ignacio afirma que “*sólo es de Dios nuestro Señor*” lo que experimentamos “*sin causa precedente*” (EE 330). La respuesta de Dios va más allá de nuestra pregunta. Por eso “*los verdaderos efectos de la divinidad*” no son los que nosotros pensábamos o queríamos: nos sobrepasan, van más allá de lo que nosotros podíamos soñar.

Por eso, Hebreos afirma que “*fue escuchado*”, porque la respuesta fue más allá de lo que los hombres podemos esperar, más allá de lo que nosotros “nos atrevemos a pedir”. Y es que la resurrección no es el final, sino el punto de arranque de nuestra fe: pues “*si no resucitó Cristo, vacía es nuestra predicación, vacía también vuestra fe*” (1 Cor 15, 14). Pero no hay resurrección sin muerte.

Habría que decir que la fe surge de la oscuridad total, del callejón sin salida. Ya en el mismo calvario se dan otras experiencias que no surgen de la fe “en un Dios como Dios manda”: la del “buen” ladrón: “*¿Es que no temes a Dios, tú que sufres la misma condena?*” (Lc 23, 40), o la del centurión en el momento de la muerte de Jesús: “*Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios*” (Mc 15, 39). No sabemos la fe que puede haber en quien se llama ateo o agnóstico... ¡Vete tú a saber el Dios que está negando! A lo mejor es el que nosotros teníamos que negar también para no quedarnos con el que “*conocíamos de oídas*”.

En la cita de Hebreos que acabamos de ver, salía una frase que quiero retomar en este momento, porque puede iluminar lo que estamos constatando: “*por lo que padeció, experimentó la obediencia; y llegado a la perfección...*” Es decir, parece ligarse la “perfección” a lo que “padeció”. ¿Qué es perfección? Viene de *per-ficere*, es decir, terminar algo que se está haciendo. En albañilería esta fase final, a veces interminable para el cliente, se denomina “remates”. Sólo cuando se han terminado los “remates”, ha llegado a su “perfección” la tarea de los albañiles y pueden entrar los pintores...

Pues bien, los “remates” en la persona son más lentos y penosos de lo que desearíamos, pero si no se dan, la persona no ha llegado a la “perfección” -a la **madurez**,

diríamos nosotros- . ¿No comentamos, a veces, a propósito de una persona, “a este le falta un hervor”? ¿En qué consiste ese “hervor”? Y vamos a poner un ejemplo exagerado para que así nos enteremos mejor de lo que estamos queriendo decir.

Suponeros que os comento que conozco un matrimonio riquísimo, que no sabe lo que tiene, con un hijo único, al que le consienten todos los caprichos. ¿Qué os parece? Todos diréis que “pobre niño”, “qué será de él el día de mañana”... Sin embargo, en pura lógica, habría que decir, '¡qué suerte ha tenido!', '¡con los niños que no tienen ni para comer!'... Pero seguiremos insistiendo en el disparate de dicha “educación”. Y lo tremendo es que tenemos razón.

Hoy día, al niño se le ha puesto en un pedestal: que no sufra, que no tenga un trauma... pues va a salir el niño para una 'vitrina'. ¡Cuántas veces he oído, años atrás en el barrio: ‘Que mi hijo no pase lo que yo pasé’! ¿Y qué está pasando con esos “hijos”? No se trata de fastidiarlo, pero tampoco de consentirle todo, de evitarle los problemas que la vida trae consigo, porque es ahí donde puede crecer. Si a un niño le ahorramos realidad, lo hacemos un desgraciado. Si no le posibilitamos **afrentar**, lo inutilizamos para la vida. ¡**Es delito ahorrar realidad a un niño!** Habría que decir que le hemos hecho un 'monumento' al niño, pero es un 'monumento funerario': ¡nos lo hemos cargado!

Y como lo mejor es descubrir en la realidad lo que estamos intentando penetrar, voy a contaros algo que me ocurrió hace años. Una religiosa muy amiga mía, que está en un país africano hace bastantes años, me llama por teléfono. Como es natural no era desde África: estaba en Madrid, pues hacía dos días le habían avisado que su madre iba a ser intervenida de un tumor cerebral. Yo conocía bastante a esta señora, ¡una gran mujer!, y fui para estar con la familia en aquella situación. El diagnóstico en principio no era alarmante, pues parecía que el tumor estaba localizado, pero después de la operación la cosa no fue tan optimista.

Dos meses después paso por Madrid y ya estaba en su casa con la hija religiosa: tuvimos una Eucaristía en su casa, y a los veinte días vuelvo a llamar para preguntar cómo estaba y avisar que iba de nuevo a pasar por allí. Había empeorado y estaba de nuevo en el hospital. La hija me dio las señas y el número de habitación. Nada más llegar fui directo para verlas, antes de liarme con lo que me había llevado de nuevo a Madrid. Llamé en la habitación que la hija me había dicho y nadie contestaba. Llamé un poquito más fuerte, y lo mismo. Entonces abrí con precaución la puerta: veo al enfermo y cierro. No era. Pero, al cerrar, oigo: “Adolfo”. Era, pero no la reconocí. La agresividad de la enfermedad había deformado su acogedor y atrayente rostro. Ella se dio cuenta que no la había reconocido...

Allí permaneció internada unos veinte días. Al cabo de ellos, los médicos dicen a los hijos que, lo que le estaban haciendo en el hospital, podían hacérselo en su casa y sería mejor para ella. Como es natural, no estaba en condiciones para ir a su casa con la hija religiosa. Se reúnen los hermanos, y el mayor, casado, decide que él puede llevársela a su casa y estaría mejor pues podrían sacarla al pequeño jardín de su casa. Pero este matrimonio tenía dos niñas, una de cinco años y la otra de tres. Les advierten que son muy pequeñas, y la situación deteriorada de la abuela podría 'traumatizarlas'. Ellos deciden que esa es la realidad y que se la llevan a su casa.

La tía me contó la escena de la llegada de la abuela. Ya he comentado, que no la reconocí en el hospital, de modo que ¡no era la abuela! En efecto, entra en su silla de ruedas.

Las niñas la miran, pero no se acercan a pesar de que la abuela les habla. La escena siguió repitiéndose los días siguientes. Me contaba la tía, que estaban jugando y, de repente, dejaban el juego para ir donde la abuela y, a unos dos metros, se paraban, la miraban en silencio y volvían a su juego. Así estuvieron ¡cinco días! Si aquellos padres me hubiesen consultado, a los tres días por ejemplo, yo les hubiese sugerido que era de alabar la decisión de llevarse a su madre a casa, pero tenían que evitar un posible 'trauma' de las niñas... Menos mal que no me dijeron nada, porque a partir de los cinco días, las que mejor supieron tratar a la abuela eran las nietas. En efecto, jugaban con ella, se hacían cargo de las pequeñas ayudas que la abuela podía necesitar...

Cinco meses después, tuve yo que ir a dar unas Bienaventuranzas a un pueblo, a diez kilómetros de donde vivía esta familia, y me acerqué dos tardes para estar con ella. Ya estaba acostada prácticamente todo el día, pero con la cabeza lúcida. Las nietas se subían a la cama con ella, con la mayor naturalidad. El día que terminé, hice mi equipaje y pasé de nuevo para despedirme. Pero aquella mañana, había entrado en coma. Me quedé esa tarde, pero la situación seguía igual. Al día siguiente volví y lo mismo. Por la tarde llegaron tres compañeras de la religiosa, cuando yo ya pensaba volver a Madrid. Como habían venido en coche me dijeron que ellas me bajaban a Madrid. Esta casualidad hizo posible que presenciara la escena siguiente. Era abril, hacia las 9 de la noche. Estábamos alrededor de la enferma y entra corriendo la mayor de las niñas, se agarra a la barandilla de la cama articulada en la que estaba la abuela, se vuelca sobre ella, le da un beso, le dice: “Buenas noches abuela”, y le pone su cara sobre los labios que la abuela tenía abiertos. La abuela abre los ojos y mueve los labios. A renglón seguido entra la madre de las niñas con la pequeña en brazos y la vuelca sobre la abuela: hace lo mismo que la hermana y la abuela reacciona igual. Esto es lo que vi, no me lo contaron...

Y ahora pregunto: ¿qué trauma tienen estas niñas? ¡Cuántas veces he comentado a estos padres, que es el regalo más grande que han podido hacer a sus hijas! En efecto, los niños tienen una capacidad para afrontar lo que se les ponga por delante que no tenemos los mayores (¡¡¡todo lo han tenido que afrontar!!!), sencillamente porque no tienen miedo. Por eso es tan peligroso un niño solo, lo mismo consertárselo todo sin darle la oportunidad de afrontar contratiempos. Al niño, decíamos, no debemos ahorrarle realidad. Lo que nunca debemos es forzarlo, pero si lo dejas a su ritmo, va a llegar más lejos que nosotros.

Y como confirmación de lo que estoy diciendo, remito a escenas que todos hemos visto en la TV. Cuando ha habido una catástrofe -ya sea natural, ya bélica-, los medios de comunicación llegan después. Pues bien, algo que siempre me ha sorprendido es que las caras de las personas adultas están desencajadas, menos la de los niños que están en primer plano mirando curiosos... Esto quiere decir, que si cuando el ser humano tiene más capacidad de afrontar le ahorramos realidad (sencillamente lo cotidiano, no es que haya que someter a pruebas exigentes), van a carecer de unos mecanismos que no han desarrollado, ya que todo tenemos que aprenderlo.

En la vida hay que afrontar para dar respuesta a una realidad que nunca es la ideal (**Principio de realidad**, lo llamaba **Freud**), pues de lo contrario no seremos protagonistas y será la realidad la que pase por encima nuestra. En español tenemos una frase importante, que usamos no precisamente en trivialidades. Cuando nos empeñamos en algo dificultoso, y los amigos nos echan en cara el habernos metido en una tarea tan penosa, ¿qué les respondemos?: “Esto me **merece la pena**”, “**vale la pena**”. Y todos aceptamos la respuesta. La frase no la ha

inventado ningún “cura” ni ninguna “monja”, la usa todo el mundo, aun para cosas absurdas, pero que no lo son para la persona que la formula.

Más aún, en el contexto cultural que nos rodea, la frase resulta un disparate: “¡Estamos para disfrutar! ¡Nada de penas!” Sin embargo, hay que admitir que si en la vida no hacemos nada que nos **merezca la pena**, hemos **perdido la vida**. No hay posibilidad de **maduración** ahorrando realidad. Pues bien, para que la realidad no nos atropelle, no pase por encima de nosotros, **hay que afrontar**. Esto da más plenitud, llena más, “nos consuela” más, pero **¡después!** En el momento en el que se está afrontando la dificultad no podemos decir que lo pasamos bien (hay **pena**), pero me abre a un horizonte que **merece** pasar dicha 'pena'.

Hace años tuve de “peón” una muchacha. Se iba a casar, estaban sin trabajo y tenían que arreglar el piso donde iban a vivir que era antiguo. En principio vendrían a ayudarme el novio y el suegro, turnándose, pero al final les salió un trabajo y vino la chica. En un primer momento el cambio no me sentó nada bien y tuve la sensación de tomadura de pelo. Pero la chica, en seguida, desmontó mis “prejuicios”: trabajaba como el que más, aparte de lo valiosa que era humanamente. Cuando a los dos o tres días le pregunté cómo rendía tanto, me contestó: “Es que soy de la Alpujarra, y he trabajado desde niña en el campo”. ¡La cosa se aclaraba!

Cuando llevábamos una semana de trabajo, le pregunté: Trini, ¿tú tienes compañeras -había terminado la carrera, pero aún no tenía trabajo- que se hayan casado hace poco o estén a punto de casarse? - “Pues sí, varias”. - “¿Y alguna de ellas se ha encontrado en tu situación, de estar sin trabajo y no tener dinero para pagar un peón?” Al preguntarle esto, puso una cara triste -como queriendo decir: “mira la mala suerte que he tenido”- y me contestó: “Pues no”. Entonces volví a preguntar: “¿Y quién crees tú que va a disfrutar más de su piso?” Se le iluminaron los ojos y me contestó radiante: “¡¡¡Pues yo, por supuesto!!!” Yo me limité a responder: ¡Pues no te olvides de esto! Esta “gozada” de haber llevado a cabo nuestros proyectos con esfuerzo y sacrificio, no tiene comparación con todos los caprichos simplemente acumulados o “coleccionados” desde un antojo fácil.

Por último, tenemos que resaltar, posiblemente, lo más llamativo en la vida de Jesús y que en la **Bv** anterior resaltábamos como algo evidente hasta para sus enemigos: **su rechazo al dolor ajeno**. No sólo le horrorizó el propio, sino que hizo lo posible por eliminar el de los demás. ¡Nunca sacraliza el dolor! No soportaba el dolor ajeno. No era capaz de tener delante un sufrimiento sin buscarle remedio. Este es el alcance de los milagros: aunque podían traerle falsas interpretaciones de su mesianidad no podía dejar de hacerlos.

## 2.- Qué dijo Jesús sobre el dolor

Por lo pronto, Jesús anuncia su futura **Pasión-Resurrección** en varias ocasiones. Y vamos a resaltar la primera que nos trae S. Mateo (16, 21-26): Después de la confesión de Pedro, Jesús comienza a anunciar su final: “*Desde entonces comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos que él debía ir a Jerusalén y sufrir mucho de parte de los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas y ser matado y resucitar al tercer día.*”

La salida de Jesús no puede ser más inoportuna: justo después de confirmarles que era el Mesías, Jesús dice que al final será rechazado en Jerusalén y lo matarán. La reacción de Pedro es comprensible: “*Tomándole aparte Pedro, se puso a reprenderle diciendo: ¡Lejos de*

*ti, Señor! ¡De ningún modo te sucederá eso! Pero él, volviéndose, dijo a Pedro: ¡Quítate de mi vista, Satanás! ¡Escándalo eres para mí, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres!*

En efecto, Pedro actúa como nosotros lo hubiésemos hecho: nuestra reacción inicial ante lo desconcertante es negarlo, es apartarlo de la vista, **no afrontarlo**. Sin embargo la respuesta de Jesús no puede ser más desproporcionada. ¡Llamarle Satanás!

Es importante comparar esta escena con la desgarradora oración en el Huerto, donde veíamos a Jesús por los suelos, y caer en la cuenta que es **el mismo Jesús**. Su advertencia a los somnolientos discípulos nos da la clave: *el espíritu está pronto, pero la carne es débil*. La escena que acabamos de recordar, en la que Jesús se siente ¡'apartado' de su misión, tiene su explicación. A quien pretende desviarnos de nuestro camino, le contestamos con brusquedad. Y esto parece que le pasó a Jesús en aquel momento, en que era el “espíritu” el que lo dinamizaba. Pero en la oración en el Huerto, él mismo confiesa que la “carne” se ha hecho presente, y lo ha hundido. Es muy importante captar cómo el mismo Jesús pasa por estas “incongruencias”, **tentaciones**. Y es que la “tentación” está presente en la vida del ser humano, por eso pedimos “no nos dejes caer en la tentación”. ¡No nos asustemos cuando la “carne” haga acto de presencia en nuestra vida!

Pero sigamos con el texto de Mateo: “Entonces dijo Jesús a sus discípulos: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá, pero quien pierda su vida por mí, la encontrará. Pues, ¿de qué le servirá al hombre ganar el mundo entero, si arruina su vida? O ¿qué puede dar el hombre a cambio de su vida? ”. Lo central aquí es “salvar la **vida**”, no “sacralizar” la cruz o el dolor, que los rechazó visceralmente. Ya en la **Bv** anterior nos encontrábamos con un Jesús que no había venido a “ser servido”, sino a “servir y dar su vida...” En la siguiente **Bv** veremos todo el alcance de estas frases. Aquí lo único que nos interesa es que el dolor no tiene sentido en sí, sino en la medida en que “salva” la vida: ¿en que **madura**? Sólo madurará si lo **afrontamos**.

Pero un pasaje mucho más expresivo es el que encontramos en Jn 12, 24-25: “Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo, pero si muere, da mucho fruto”. Es crecimiento, multiplicación de vida lo que está planteando, frente al “quedar solo”. (Esta idea de un dolor, una muerte, que no tiene la última palabra, culminará en la última **Bv** con una imagen más humana aún).

Traigamos otro texto que puede muy bien sintetizar lo que llevamos dicho, porque además lo enmarca en ese seguimiento a un Jesús con su cruz, su *yugo*. Mt 11, 28-30: “Venid a Mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y yo os aliviaré. Tomad sobre vosotros mi yugo y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera”. No se nos quita la carga, pero nos asegura que será ligera, porque es la suya: no estaremos solos. Todo está en clave de **seguimiento: ¡Ya somos dos!**

Pero pasemos a dos citas que pueden darnos la clave de la paradoja que nos plantea esta **Bv**: el rechazo visceral del dolor junto al reto de no darle la espalda, no salir corriendo, **afrontarlo**.

Mt 25, 31-46: *“Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria acompañado de todos sus ángeles, entonces se sentará en su trono de gloria. Serán congregadas delante de él todas las naciones y él separará a los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos. Pondrá las ovejas a su derecha y los cabritos a su izquierda. Entonces dirá el Rey a los de su derecha: 'Venid, benditos de mi Padre, recibid la herencia del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me acogisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a verme'. Entonces los justos le responderán: '¡Señor! ¿Cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer o sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos forastero y te acogimos o desnudo y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte?' Y el Rey les dirá: 'En verdad os digo que cuanto hicisteis a unos de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis'.”*

El texto no puede ser más expresivo. Dios está ahí, en el dolor y desamparo de nuestro prójimo, y ahí nos espera, no para una “sacralización” sado-masoquista, sino para que lo eliminemos -hubiese sido 'más espiritual' decir: 'Tuve hambre y viniste a ayunar conmigo'. No. 'Me la quitaste'-, lo aliviemos, lo acompañemos, en una palabra, **estemos presentes**. Y esa presencia ha de ser real, no una consideración piadosa del que 'se siente cercano', pero no se acerca... Tanto los que respondieron como los que no, ignoraban que iban a ser juzgados por una **presencia**, a veces impotente, ineficaz, pero que no da la espalda: **¡María al pie de la cruz!**

En un artículo de J. Moltmann, **El Dios crucificado** (*Selecciones de teología* 1973. nº 45, p 6), nos encontramos con lo siguiente: *“¿Cómo es posible, luego de Auschwitz, la fe en Dios y en el ser del hombre? No lo sé. Pero me ayuda la historia que cuenta E. Wiesel en su libro sobre Auschwitz. ‘Dos hombres judíos y un niño fueron ahorcados adrede en presencia de todos los presos. Los hombres murieron en seguida. Los tormentos del niño duraban largo rato. Entonces gritó alguien detrás de mí ¿dónde está Dios? Yo callé. Al cabo de media hora volvió a gritar: ¿dónde está Dios, dónde está? Y una voz dentro de mí respondió: ¿dónde está Dios? Está allí colgado en la horca”*. Este es el verdadero alcance de esta **Bv: llorar** es no dar la espalda al dolor, porque ahí está el mismo Dios implicado. Y no para sacralizar el dolor, sino para, **eliminarlo**, para luchar porque no se repita, para acompañarlo... ¡Se nos juzgará desde ahí!

Pero la segunda cita que traemos nos va a concretar en qué consiste este afrontamiento del dolor. En Mt 8, 16-17, después de la curación de la suegra de Pedro, leemos: *“Al atardecer, le trajeron muchos endemoniados. Él expulsó a los espíritus con una palabra y curó a todos los enfermos, para que se cumpliera el oráculo del profeta Isaías. Él tomó nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades”*. ¿En qué consiste ese *cargar con nuestras enfermedades*? ¿Es que salió de allí con la gripe de la suegra de Pedro, cojo, parálítico...?

No hay posibilidad de luchar contra el dolor - cita anterior- sin implicarse en él, sin acercarse a él. Para eliminarlo humanamente hay que “cargar con él”, hay que **hacerse cargo**. Y es que con estos avances de la técnica, hemos inventado una *solidaridad* con 'mando a distancia'. En nuestro Primer Mundo queremos arreglar las cosas con dinero y seguramente no es cuestión de dinero, sino de 'hacerse cargo'. **El dinero es el gran mando a distancia** de nuestras solidaridades. Pero, en vez de eliminar problemas contagiados auténticas enfermedades. Lo que en otros tiempos provocaban los 'colonizadores', contagiando grandes



epidemias en nativos indefensos ante los nuevos virus, seguimos haciéndolo con nuestras 'ayudas' **sin hacernos cargo**.

Compensamos con dinero los sufrimientos que hemos provocado. Todo es a distancia. La consecuencia es que nos quedamos tranquilos y a ellos los dejamos inválidos. Más aún, exportamos 'complejos' con estas ayudas sin implicación. La cosa se complica cuando el resultado es el “estatuto de víctima”: convencerlos de que todo lo que les ocurre se lo han provocado desde fuera y por lo tanto, tienen que ser compensados. Siendo esto verdad, no es toda la verdad, y lo que de hecho resulta es algo bastante nefasto: por un lado, nosotros nos 'culpabilizamos', en el peor sentido del término, y a ellos los irresponsabilizamos, convirtiéndolos en “víctimas”, en lugar de acompañarles, de hacer camino con ellos para que tomen conciencia de su capacidad y sean ellos los protagonistas de su desarrollo.

¿Dónde, pues, está el fallo? Que las ayudas -¡que había que hacer!-, se hicieron 'con mando a distancia', sin acompañamiento cercano, sino exclusivamente como descargo de nuestra mala conciencia. El 'mando a distancia' es algo tan nefasto, que lo único que suscita es 'culpabilidad' y 'victimez', nunca racionalidad y responsabilidad.

Voy a contar una de esas sorpresas que te dan los últimos, dando en el clavo, mientras nosotros teorizamos. Empezamos a ir un día a la semana a un suburbio llamado Santa Juliana (una fábrica de azúcar abandonada) con un grupo de chicos de la Escuela de Maestría de Granada para que tomasen conciencia del 'problema social' que había en la ciudad -¡como si nosotros fuésemos conscientes!-. Pues bien, como es natural, numerosos vecinos acudían a 'pedir' a los 'payos' recién llegados. Cuando al año empezamos a vivir en el barrio, si alguien venía a pedir algo le decíamos: 'Si tienes hambre, vente a la hora de comer y lo que tengamos lo repartimos'. Una gitana genial -la **Tota**, de más de 50 años-, se presentaba a la hora de comer un día sí y otro no. La verdad es que todos agradecíamos su presencia: sus preguntas, las cosas que contaba, las salidas que tenía...

Pues bien, al año, termino yo la teología y me pongo a trabajar de peón albañil. Como es natural, no me era posible ir al barrio a comer: tenía que hacerlo en un comedor para obreros que costaba 15 pesetas. Curiosamente, la Tota dejó de venir a comer, aunque venía en otros momentos. Cuando tomamos conciencia de esa ausencia como comensal, decidimos preguntarle cuando viniese por qué había dejado de venir a comer -'¿Es que no te gusta cómo guisamos...?'-. En efecto, en una de sus visitas le preguntamos y ella señaló unos frascos de plástico transparentes donde guardábamos garbanzos, lentejas..., que estaban medio vacíos. - 'Bueno, y ¿qué quieres decir?'-, -'Que yo sabía que antes vosotros comíais de lo que os bajabais de Cartuja [el Teologado] y ahora yo sé que vosotros coméis de lo que éste trabaja [y me señaló a mí], y yo no me como el sudor de nadie'.

El mensaje era claro: cuando el 'suministro', misteriosamente procedía de Cartuja, la lúcida mujer se ponía a la cola sin más ('¿Por qué no voy yo a comer de lo que estos traen de arriba...?'), pero cuando procedía del trabajo de uno de nosotros, su actitud cambió, con sorpresa nuestra, pero que tiene su lógica: el 'mando a distancia' difumina la procedencia de cualquier ayuda y la convierte en un misterioso almacén inagotable, del que se puede esperar siempre y al que hay que exigir... Sin embargo, la implicación personal, responsabiliza, se hace cargo...

No me resisto a transcribir un párrafo del agudo libro de Pascal Bruckner, **La**

**tentación de la inocencia** (editorial Anagrama): *«La compasión se transforma en una variante del desprecio a partir del momento en que por sí sola conforma nuestra relación con los demás excluyendo otros sentimientos como el respeto, la admiración o la alegría. Resulta más fácil simpatizar en abstracto con gente infeliz (forma elegante de apartarlos), puesto que simpatizar con la gente feliz requiere una disposición de ánimo más abierta, ya que nos obliga a luchar contra el obstáculo que representa la envidia. Convertir la compasión en el valor cardinal de la ciudad significa destruir la posibilidad de un mundo en el que los hombres podrían hablarse y reconocerse como personas libres. Tanto lo humanitario como la caridad buscan únicamente individuos afligidos, es decir, seres dependientes. Por el contrario, la política exige interlocutores, es decir, seres autónomos. Una cosa produce seres asistidos, la otra requiere seres responsables»* (p. 269).

La cita no puede ser más interpellante: pero la solución 'política' que plantea será válida en cuanto sea desde la igualdad y en reciprocidad. ¡Cuántas políticas no han potenciado y responsabilizado sino protegido y manipulado! Hay que tener cuidado para no caer en la trampa de creer que al cambiar la terminología, la realidad cambia...

## Segunda parte

### CÓMO VIVIÓ LA PRIMERA COMUNIDAD CRISTIANA ESTA BIENAVENTURANZA Y QUÉ DIJO SOBRE EL DOLOR

En Hch 5, 40-41 se nos describe la liberación de los apóstoles por la intervención de Gamaliel, *“después de haberles azotado... Ellos marcharon de la presencia del Sanedrín contentos por haber sido considerados dignos de sufrir ultrajes por el Nombre”*. Es el Nombre confesado lo que les llena de gozo. Cuando algo 'merece la pena', nunca frustra.

Pero en 2 Cor 11, 23-29 nos describe Pablo como motivo de orgullo todos los 'trabajos' y penalidades que ha tenido que sufrir en su ministerio y termina con estas palabras: *“Y aparte de otras cosas, mi responsabilidad diaria: la preocupación por todas las Iglesias. ¿Quién desfallece sin que desfallezca yo? ¿Quién sufre escándalo sin que yo me abraze?”*. Aquí sus sufrimientos surgen de su implicación en los problemas concretos de las comunidades. ¡Nada de 'mando a distancia'! Es la imagen del Buen Pastor que se describe en Jn 10, 11-18, que *“da la vida por sus ovejas”*.

En 2 Cor 4, 7-10 S, Pablo confiesa que ninguna tribulación debe extrañarnos pues somos *“...recipientes de barro para que aparezca que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no de nosotros...”*, constatando de este modo que ninguna penalidad tiene la última palabra. Pero esta cita la transcribiremos completa en la última **Bv**.

El texto siguiente expresa la 'solidaridad' del 'cuerpo de Cristo', que es la Iglesia con los padecimientos del propio Cristo. Es una formulación densa y sugerente. Col 1, 24: *“Ahora me alegro por los padecimientos que soporto por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia...”*. Es la misteriosa in-corporación a Cristo que nos planteaba Mt 25, 31-46, pero sin olvidar que *“tomó nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades”* (Mt 8, 17).

Quiero aportar una cita de la Madre Teresa, a propósito de este texto de Colosenses: *Intenten [...] aumentar su conocimiento de este misterio de la Redención. – Este conocimiento*

*las guiará hacia el amor – y mediante sus sacrificios el amor las hará participar en la Pasión de Cristo.*

*Mis queridas hijas –sin nuestro sufrimiento, nuestra obra sólo sería un trabajo social, muy bueno y eficaz, pero no sería la obra de Jesucristo, ni parte de la redención. – Jesús quiso ayudarnos compartiendo nuestra vida, nuestra soledad, nuestra agonía y nuestra muerte. Todo eso, lo ha tomado sobre sí y lo ha llevado a la noche más oscura. Sólo siendo uno con nosotros Él nos ha redimido. Tenemos la posibilidad de hacer lo mismo: toda la desolación de la gente pobre, no sólo su pobreza material, sino su miseria espiritual debe ser redimida, y debemos participar de ello. Recen así cuando lo encuentren difícil: “Deseo vivir en este mundo que está tan lejos de Dios, que se ha desviado tanto de la luz de Jesús para ayudarles, tomar sobre mí algo de su sufrimiento”. Sí, mis queridas hijas – compartamos los sufrimientos - de nuestros pobres – porque sólo siendo una con ellos – podemos redimirles, es decir, llevar a Dios a sus vidas y llevarles a ellos a Dios”. (Madre Teresa, **Ven, sé mi luz**, Ed. Planeta Testimonio. Barcelona, 2008. A sus hermanas, julio 1961, pp 270-271)*

No se puede expresar mejor lo que más arriba matizábamos a propósito de la distinción entre la 'solución política' y la 'compasión' como 'variante del desprecio' que planteaba **Bruckner**: no es lo mismo el 'trabajo social' (necesario sin duda) y esa implicación que lleva consigo compartir 'los sufrimientos', que por otro lado nos sugiere la contraposición entre la 'ley del sufrimiento' y la 'ley de la jungla' que nos planteaba **Gandhi**... Pero estos matices sólo se perciben desde la realidad, nunca son fáciles de delimitar teóricamente.

Pero es en la Primera carta de Pedro donde encontramos más relacionados nuestros sufrimientos con los de Cristo, remitiendo a Is 53. En efecto, veamos cómo anima a los “criados” a ser sumisos a sus “amos, no sólo a los buenos..., sino también a los severos”. I Ped 2, 21-25: “Pues para esto habéis sido llamados, ya que también Cristo sufrió por vosotros, dejándoos ejemplo para que sigáis sus huellas. El que no cometió pecado y en cuya boca no se halló engaño; el que, al ser insultado, no respondía con insultos;... el mismo que sobre el madero, llevó nuestros pecados en su cuerpo, a fin de que, muertos a nuestros pecados, vivamos para la justicia; con cuyas heridas habéis sido curados...”. Las situaciones extremas, que, de hecho, los primeros cristianos tenían que soportar, explican estas exhortaciones a identificarse con el Jesús Siervo de Yahvé sufriente.

Volvamos a la carta a los Hebreos (2, 9-15): “Y a aquel que fue hecho inferior a los ángeles por un poco, a Jesús, le vemos coronado de gloria y honor por haber padecido la muerte, pues por la gracia de Dios gustó la muerte para bien de todos.

*Convenía, en verdad, que Aquel por quien es todo y para quien es todo, llevara muchos hijos a la gloria, perfeccionando mediante el sufrimiento al que iba a guiarlos a la salvación. Pues tanto el santificador como los santificados, tienen todos el mismo origen. Por eso no se avergüenza de llamarles hermanos...*

*Por tanto, así como los hijos participan de la sangre y de la carne, así también participó él de las mismas, para aniquilar mediante la muerte al señor de la muerte, es decir, al Diablo, y liberar a cuantos por temor a la muerte, estaban de por vida sometidos a esclavitud. Porque, ciertamente, no se ocupa de los ángeles, sino de la descendencia de Abraham. Por eso tuvo que asemejarse en todo a sus hermanos, para ser misericordioso y Sumo Sacerdote fiel en lo que toca a Dios, en orden a expiar los pecados del pueblo. Pues habiendo sido probado en el sufrimiento, puede ayudar a los que se ven probados”.*

De nuevo nos encontramos con la idea de que a través del 'sufrimiento' llegó a la

'perfección' 'para guiarlos a la salvación'. Pero me interesa más el tema de la muerte: “*gustó la muerte para bien de todos*”. La muerte aparece en el horizonte humano como el límite, el resumen de todas las desgracias y trasfondo de todos los miedos. Es la ficha del *puzle* de nuestra vida que siempre le damos de lado, pero que al final colocaremos. Pero esta realidad condiciona en última instancia toda nuestra vida, de ahí la frase “*para liberar a cuantos por temor a la muerte, estaban de por vida sometidos a esclavitud*”. Más aún, es interesante la definición del Diablo como 'señor de la muerte'. ¡El Dios cristiano es un 'Dios de vivos'!

En efecto, el temor a la muerte nos paraliza con frecuencia y la sociedad que nos rodea aparca dicha realidad, cuando está más presente que nunca: la realidad trágica de los accidentes, las guerras que en tantas partes son endémicas, la cotidianeidad de atentados mortales que ya ni son noticia, aparte del hecho cotidiano de seguirnos muriendo... Todo eso queda 'maquillado'. Los Tanatorios, escaparates de lujo en los que 'congelamos' unos despojos detrás de una vitrina para aislar una realidad que desenmascara todas nuestras alucinaciones, son símbolo de una sociedad en la que todo se ha comercializado y está llamado a exhibirse. Ahora no encontramos el cadáver en 'su casa', donde tantas cosas habíamos compartido en vida: cariño, dificultades, fiestas, amistad... Ahora lo vemos 'expuesto' en un lugar neutro y siniestro que no nos 'recuerda' nada. En una palabra, ya **nos interroga menos**, se convierte en un hecho trivial y fatal que no tiene nada que aportarnos...

Pues bien, ante esta sociedad que todo lo trivializa, tendríamos que recuperar la dimensión desentontecedora de la muerte. El “*necio, esta misma noche te reclamarán el alma*” de Lucas 12, 20, apenas le dejamos espacio para percibirlo. Y aquí aprovecho para recomendar un libro que me hizo mucho bien, de cara a afrontar nuestra muerte: Elizabeth Kübler-Ross, *Sobre la muerte y los moribundos*, Ed. Grijalbo.

El contenido del libro es el siguiente: las conclusiones de un Seminario interdisciplinar que la autora llevó a cabo, usando como material la grabación de conversaciones con personas en fase terminal. El primer problema que se le planteó fue que ningún médico le permitía entrevistar a un enfermo desahuciado para hablar de su situación terminal. Finalmente un compañero accede a que entreviste a uno de sus pacientes. Y cuál no es su sorpresa que, al pasar consulta el día siguiente al paciente entrevistado, éste le pregunta por la doctora que lo había visitado, pues desearía volver a verlo. A partir de ese momento las entrevistas se multiplican con otros enfermos. El libro, pues, consiste en los diálogos mantenidos con dichos pacientes. A través de ellos descubre las fases por las que el ser humano pasa a lo hora de asumir la realidad de la propia muerte.

Es interesante enumerar dichas fases, pues, entre otras cosas, nos pueden ayudar para 'saber estar' con la persona que pasa por momentos tan decisivos, y para nosotros mismos. Enumeremos, pues, las fases por su orden:

- La fase **Negativa**: negamos unos 'análisis' alarmantes: han debido confundirse... No estamos dispuestos a afrontar lo negativo.
- La fase de **Cólera**: ante la evidencia de unos resultados confirmados y unos síntomas, la cólera que se desencadena con su entorno, como si quisiera arreglar cuentas con todo lo que le parece injusto en el pasado y en el presente. Es la rebeldía, los interrogantes de Job.
- Si es creyente, la fase del **regateo**, especialmente con Dios, a cambio de una prolongación de su vida.

- La fase de la **tristeza**, el enfermo no puede negar la realidad que se le impone y entra en una fase depresiva, en la que los familiares han de estar cercanos posibilitándoles el desahogo y por último,
- La fase de la **aceptación**, “*un último periodo de reposo antes del largo viaje*”. Es la etapa más importante, en la que el enfermo tiene más que comunicar, y en la cual se encuentra más solo, pues todos le niegan lo que él, penosamente, ha logrado asumir.

En este momento, el enfermo ya no teme nada, pues ha aceptado lo que origina todos nuestros miedos: la propia muerte. En ese momento todo cobra su verdadero tamaño, su valor real, su alcance... Y aquí quiero compartir dos experiencias, una antes de leer el libro, y la otra, la muerte de mi madre, 8 años después de haberlo leído.

El primer caso fue una mujer joven a la que conocí 14 días antes de su muerte. Me llamaron para que la confesara. Estaba en su casa. Vivía con la madre y una hermana. Antes de entrar en el dormitorio de la enferma, la madre me advirtió: “Que mi hija no sepa que se está muriendo”. La advertencia no me extrañó y menos en una madre que veía cómo su hija de 35 años se le iba, y no hubiese retenido esta advertencia de no ocurrir lo siguiente. La confesé y después empezó a hablar conmigo comentándome, con la mayor naturalidad, cómo en esos momentos veía su vida: lo que le había merecido la pena y lo que no. Todo lo describía con una serenidad y lucidez sobrecogedoras. Era una mujer valiosa, inteligente, profunda, sensible. Al final, antes de abandonar la habitación me dijo: “Que mi madre y mi hermana no sepan que yo sé que me estoy muriendo”. Aquello me resultó inaudito, como si hubiese presenciado algo totalmente anormal. El libro de E. Kübler-Ross me reveló que era lo normal y que esta mujer tuvo la suerte en aquellos momentos de encontrarse con un 'tío', al que no conocía de nada y no se iba a asustar porque le hablase de que se estaba muriendo, y pudo compartir aquella rica vivencia que, por otro lado, yo tanto agradecí.

Pero la segunda experiencia es la muerte de mi madre: el 31 de diciembre de 1981 me confesó: “Hijo mío, me muero”. Yo sencillamente le respondí, sobreponiéndome a tantos sentimientos como en esa situación se te agolpan: ”¡Bueno, pero aquí estoy a tu lado!” Vivió, después de este diálogo, 25 días. Pues bien, tengo que confesar que pesan en mi vida más esos días que toda su vida. Me compartió una visión de la vida serena y positiva. Y voy a compartir dos momentos especialmente ricos de aquella densa y enriquecedora experiencia.

Una tarde, yo me quedaba por la noche, al llegar al hospital estaba con mi madre un matrimonio amigo y la señora le comenta: “*La suerte que ha tenido, estando aquí a su hijo*” (yo hacía tres años que había vuelto de América). Mi madre le respondió: “*Sí, y que está muy sereno*”. Es decir, lo que agradecía de mi presencia es que podía hablar conmigo de su situación. Pero esto pude hacerlo gracias al libro de E. Kübler-Ross: por eso lo recomiendo.

Pero la otra escena tiene más alcance. Una noche estaba como hablando sola. Le pregunté: “*¿Qué haces hablando sola?*” Ella contestó: “*Pensando en mis cosas*”. Al preguntarle qué cosas eran esas, me respondió: “*Lo vanidosos que somos*”. - “*¿Y cómo ves eso ahora?*” - “*Que es una tontería*”. ¿Y no es verdad que la vanidad es una tontería? Pero me confesó otra cosa: “*Lo duros que somos juzgando a los demás*”. - “*Y ahora, ¿qué te parece?*” - “*Pues que es una barbaridad*”. Efectivamente, en los últimos años su carácter se había vuelto más intransigente. Pues bien en esos momentos en los que ya 'no tenía nada que temer', recuperó una visión de la realidad más honda y positiva: lo que realmente 'merecía la pena' y

el verdadero alcance que cada cosa tenía. En efecto es el momento en que más tienen que decirnos, y nosotros, como nos descuidemos, desaparecemos de escena.

Desde esta perspectiva ¿no podemos encontrar un alcance mucho más profundo y real la frase de Hebreos: “*Cristo con su muerte nos libró a cuantos por temor a la muerte estábamos sometidos a la esclavitud*”? Siempre tenemos que descubrir la dimensión liberadora (¡no *light!*) del Evangelio, que es la auténtica.

Por último, leamos otro texto de Hebreos en el que alude a la doble vertiente del sufrimiento, el que nos toca y el que nos rodea (Heb 10,33-36): “*Vosotros fuisteis unas veces expuestos públicamente a ultrajes y tribulaciones. Otras, haciéndoos solidarios de los que así eran tratados. Pues compartisteis los sufrimientos de los encarcelados y os dejasteis despojar con alegría de vuestros bienes, conscientes de que poseáis una riqueza mejor y más duradera. No perdáis ahora vuestra confianza, que lleva consigo una gran recompensa. Necesitáis paciencia en el sufrimiento para cumplir la voluntad de Dios y conseguir así lo prometido*”. No hay solidaridad con el dolor que me rodea si no me implico y no vivo sus consecuencias como algo gozoso: “*...os dejasteis despojar con **alegría** de vuestros bienes... conscientes de que poseáis una riqueza mejor y más duradera*”.

Puede ayudar para profundizar en todo lo dicho la visión del verdadero ayuno y el culto que Yahvé quiere de su pueblo que nos describe Is 58: “*Este es el ayuno que yo deseo: romper las cadenas injustas, soltar las coyundas del yugo, dejar libres a los maltratados y arrancar todo yugo, compartir tu pan con el hambriento, acoger en tu hogar a los sin techo, vestir a los que veas desnudos y no abandonar a tus semejantes*”...

El sufrimiento, el dolor que nos hará llorar no tiene sentido en sí, sino en cuanto se vive desde una implicación y una solidaridad con el que está sufriendo para eliminarlo o, por lo menos, aliviarlo (pero ¡sin mando a distancia!) y, en definitiva, la alternativa de la Madre Teresa: *compartamos los sufrimientos - de nuestros pobres - porque sólo siendo una con ellos - podemos redimirles*. ¿No es esto el “*dolor con Cristo doloroso*” que San Ignacio pide en los EE (EE 203)? Pero no con el 'dolor' de 'la humanidad de Cristo', sino el dolor “*que Cristo nuestro Señor padece en la humanidad*” (EE 195). El dolor nos destruye si nos convierte en víctimas. Sólo un dolor descentrado, compartido, puede hacernos crecer y ser alivio...

## CONCLUSIÓN

“... porque ellos serán consolados”.

Sigue estando en futuro lo que nosotros querríamos tener en presente. Pero la Bienaventuranza asegura que si no 'huimos' del dolor que nos visita o que visita a los que nos rodean y lloramos con ellos (Rom 12, 15) -lo **afrontamos**-, seremos **consolados**.

Veamos cómo expresa el propio Pablo la vivencia de esta **Bv** en 2 Cor 1, 3-7: *¡Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y Dios de toda consolación, que nos consuela en toda tribulación nuestra para poder consolar a los que están en toda tribulación, mediante el consuelo con que nosotros somos consolados por Dios! Pues, así como abundan en nosotros los sufrimientos de Cristo, igualmente abunda también por Cristo nuestra consolación. Si somos atribulados, lo somos para consuelo y salvación vuestra. Si somos consolados, lo somos para el consuelo vuestro, que os hace*

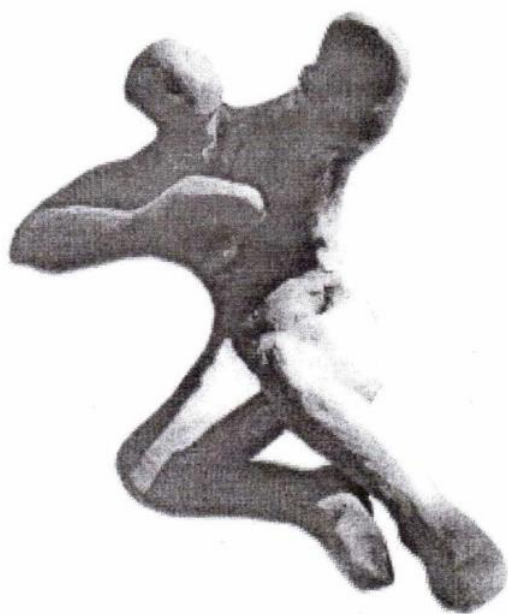
*soportar con paciencia los mismos sufrimientos que también nosotros soportamos. Es firme nuestra esperanza respecto de vosotros, pues sabemos que, como sois solidarios con nosotros en los sufrimientos, así lo seréis también en la consolación.*

Como vemos la consolación surge de los padecimientos (si no he pasado por la tribulación y desolación, ¿podré saber en qué consiste la consolación?) y, tampoco los 'padecimientos' ni la 'consolación' tienen sentido en sí, sino que son para “*poder consolar a los que están en toda tribulación*”. Si hay solidaridad en la tribulación, la habrá en la consolación. Pero salen dos palabras claves en esta cita: **paciencia** y **esperanza**. Paciencia correspondería al 'no salir corriendo', es decir, a lo que hemos denominado **afrontar**, pero ¿y esperanza? Veamos la cita siguiente de la carta de S. Pablo a los Romanos (5, 3-5): “*Más aún, nos gloriamos hasta en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación engendra la paciencia; la paciencia, virtud probada; la virtud probada, esperanza y la esperanza no falla, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado*”.

La esperanza viene al final. Si no se ha afrontado *-paciencia-*, no nos abriremos a la *esperanza*. Pero veamos la gradación que Pablo plantea: las mismas *tribulaciones* son motivo de *gloriarse* (¿de **bienaventuranza**?), porque tiene experimentado *-sabiendo-* que estas tribulaciones (¿el **llorar**?) llevan a la *paciencia* (¿el **afrontar**?), esta paciencia a la *virtud probada* (¿la **madurez**?), y esta virtud probada a la *esperanza* (¿el **serán consolados**?).

Es decir la esperanza parece ser que no es posible si no se ha “madurado”. Y aquí tengo que aludir a un libro de Pedro Laín Entralgo, **Antropología de la Esperanza**, en el que llega a decir que la sociedad actual de nuestro Primer Mundo, se ha incapacitado radicalmente para la esperanza. Lo que nosotros llamamos “esperanza” no pasa de *optimismo*. En efecto, el optimista se basa en datos que posee y en los que se apoya para asegurar el futuro. Su “esperanza” se palpa, está asegurada por los propios medios. La esperanza bíblica, sin embargo, es ‘contra toda esperanza’. Es la esperanza de Abraham que, en definitiva, es la experiencia del **HECHO PASCUAL: Muerte-Resurrección**.

Pero la cita de S. Pablo termina diciendo dónde está la seguridad de esa esperanza que “*no falla*”: “*en el amor que el Espíritu Santo ha derramado en nuestros corazones.*” Todo es don, pero podemos no enterarnos de este don si vamos huyendo por la vida, sin afrontar nada, inmaduros, atrapados en la vivencia infantil de 'ser amados' convertida en fijación obsesiva, que se resiste a '*dar la vida para recobrarla de nuevo*'... (Jn 10, 17) Y sólo dando la vida, nos llenará, sólo **llorando**, sabremos lo que es **ser consolados**.



*Hombre de barro soy:*

*Incorporándome de un sueño  
levanto brazos y rodilla,  
mi cara asustada se dirige hacia qué se yo.  
—temor a la vida por temor a la muerte—;  
el dolor que se siente por dentro,  
¡que no me llegue a rozar!*

*Me faltan manos y piernas  
para cubrir mis entrañas.  
Quiero tapar con mi vista  
mi corazón, mi sexo  
no sea que llegue a sentir  
el dolor que duele tanto.*



*¡Cómo no me acuerdo que a través del dolor  
llegué a la vida!*

*¡Cómo no me doy cuenta que de cara a la vida  
no tengo nada que decir!*

*¡Cómo soy tan ciego que no veo  
que deshaciéndome me haré  
y te encontraré a Tí  
mi libertador!*

*LLORANDO porque es mía  
la causa de los pobres  
... y el "Hombre de dolores".*

*Marjolijn*

*Por los caminos hondos  
hasta el rojizo monte  
la sangre del Sufriente  
tiene el rostro de Dios;  
y Dios está en los hombres.*

*Crucificada viene la  
BIENAVENTURANZA:  
pobre, mansa, llorando,  
sin miedo grita o calla  
ante un río de sangre,  
-son las tres de la tarde-  
y el sol rojo escarlata.*

Anunciación Jiménez